

La tierra vista desde la luna

Escribe: José SANCHEZ-MIGALLON ALBANDEA

Cuando hace pocos días veía en la televisión las imágenes vivas de la Tierra, vistas desde casi 400.000 kilómetros, una gran emoción se apoderó de mí al ver la Tierra tan pequeña siendo tan grande; tan blanca, siendo oscura; tan redonda, siendo plana a nuestra vista...

Entonces se me agolparon las ideas, y me puse a meditar lo que debe ser verse libre de la Tierra.



Porque, queramos o no, somos prisioneros de la tierra en que vivimos:

La Tierra es nuestra cárcel. Nuestra celda es nuestra casa, nuestra oficina, nuestro taller, nuestra fábrica o nuestro campo. De la tierra nacemos y a la tierra volveremos. «Polvo eres y en polvo te has de convertir», nos recuerda la Iglesia el miércoles de ceniza. Por eso cuando veía las imágenes de la televisión comprendía que los únicos seres que estaban liberados de la Tierra eran esos tres «astronautas». Pero su liberación era condicionada. En mayor o menor escala, la Tierra nos

permite ahora que nos liberemos un poco de su atracción, pero siempre nos lo condiciona: se puede volar a 2.000 metros, pero condicionados a bajar otra vez a la Tierra. Y si para elevarnos a más altura necesitamos mayores «condicionamientos», luego la urgencia a bajar es aún más apremiante y el descenso más condicionado. Por la técnica el hombre ha logrado, en parte, liberarse de la Tierra, pero condicionado por el traje espacial y con la condición de bajar de nuevo. Total: orgías, ocios, «diversiones» que el hombre se toma. Pero sin poder eludir la fuerza de la condición. Sin poder quitarse las amarras que le atan y aprisionan a la madre Tierra.

Y el caso es que sabemos que para liberarnos de esas amarras de la gravedad sólo nos basta elevarnos unos 200 kilómetros, que no son nada en la horizontalidad de la Tierra, pero que lo son todo en la verticalidad. Y lo hemos logrado superar, pero sólo como un rato de expansión, de ocio y de orgía. También de misión. Una liberación que se ha buscado el hombre. Grata, desde luego, pero incompleta por inconstante.

Dentro de esa emoción que me producía el ver esas imágenes maravillosas por «televisivas» desde la Luna, me puse a soñar despierto, que es el sueño más bonito del hombre. Y me situé en el supuesto inverosímil de estar en donde estaban los «astronautas»: a 400.000 kilómetros de la Tierra. Libre de la cárcel de la Tierra. Y con un ingenio que me inventé —un potente telescopio— la veía tan bonita como es, con la forma natural del hombre y de las cosas. Mis ojos, que durante cincuenta y un años habían vivido en la Tierra viendo sus costumbres y sus cosas, tenían otro prisma distinto, más íntimo. En tan privilegiada situación fui viendo todo:

Vi a los animales desenvolverse por la ley del instinto. Y los veía felices, preocupados sólo por su subsistencia. Y vi a las plantas nacer, crecer y